

*El
Espíritu
Santo*

Los milagros y el Espíritu Santo

... ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo (Hebreos 2.3-4).

Los milagros constituyen una parte importante de la obra del Espíritu Santo. Las Escrituras señalan que el Padre usó al Espíritu Santo como el medio por el cual hizo milagros (Hebreos 2.3-4). Dios testificó, a través de los actos milagrosos del Espíritu, que los hombres que hablaban eran Sus hombres (Marcos 16.20). Así, a través del Espíritu, Él presentó, confirmó y preservó Su Palabra.

LOS MILAGROS NO SE REPETIRÁN

Lo que Dios probó milagrosamente, no necesita volver a probarlo de este modo. A través de la creación Dios presentó de una vez por todas, las pruebas de Su existencia y de Su naturaleza (Romanos 1.20). Dios ha desplegado la majestad de Su poder en la expansión de los cielos estrellados (Salmos 19.1), y la grandeza de su genio creativo en las casi innumerables formas de vida de nuestro planeta. Desde los días de la creación, todo lo que se necesita para probar el poder y naturaleza de Dios está contenido en lo que Él creó.

Muy temprano en la historia de la humanidad, las religiones politeístas se hicieron muchos dioses, creando así la necesidad de probar que existe un único Dios, y de probar quién es Él. Dios eligió probarse Él mismo en Egipto, un país lleno de dioses falsos. En aquel escenario infestado de multiplicidad de dioses, el Faraón de Egipto preguntó: «¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir a Israel?» (Éxodo 5.2a). Como respuesta a esta pregunta, Dios desplegó Su majestad y poder sobre los dioses de los egipcios por medio de actos milagrosos. Demostró que Él es el único Dios. Dijo: «... y ejecutaré mis juicios en todos los dioses de Egipto. Yo Jehová» (Éxodo 12.12). Jetro, el suegro de Moisés, llegó a la conclusión correcta después de oír acerca de los milagros de Dios que mediaron en la liberación de Israel de la esclavitud en Egipto. Dijo: «Ahora conozco que Jehová es más grande que todos los dioses; porque en lo que se ensoberbecieron prevaleció contra ellos» (Éxodo 18.11).

Dios no ha tenido necesidad de probarle a cada generación sucesiva que Él es el único Dios. Le dijo a Moisés que haría señales en Egipto para que contara a sus hijos y a sus nietos «las cosas» que hizo en Egipto, y las señales de Él que hizo entre los egipcios; para que supiera que Él es Jehová (Éxodo 10.2). Dios no iba a repetir los milagros que hizo en Egipto para que los hijos y los nietos de Israel vieran que Él tenía poder sobre los dioses de los egipcios. La generación que vio estas señales debía contárselas a las generaciones subsiguientes para que éstas pudieran aceptarlo como el único y verdadero Dios.

Años más tarde, Gedeón preguntó: «...si Jehová está con nosotros, ¿por qué nos ha sobrevenido todo esto? ¿Y dónde están todas sus maravillas, que nuestros padres nos han contado, diciendo: ¿No nos sacó Jehová de Egipto?...» (Jueces 6.13). Su pregunta es indicio 1) de que ya no se estaban haciendo milagros

como los que habían liberado a Israel de Egipto y 2) de que a las generaciones posteriores se les estuvo contando acerca de tales milagros.

Del mismo modo, los que vieron a Jesús hacer milagros los pusieron por escrito para que las generaciones futuras pudieran creer (Juan 20.30–31). Nos hemos enterado de Su vida, milagros, muerte, sepultura y resurrección a través de la Palabra escrita. Los eventos no se repetirán.

LOS MILAGROS TUVIERON UN PROPÓSITO EXPRESO

Algunas veces Jesús hizo milagros por la compasión que tenía de la gente (Mateo 9.36; 14.14; 15.32; 20.34). No obstante, todo milagro

que se ha hecho, comenzando con el de la creación, ha tenido el mismo propósito primordial detrás de él.

1. La magnificencia de la creación ha tenido como propósito probar la existencia de Dios (Romanos 1.20).

2. A través de los milagros, Dios demostró que Él es el único y verdadero Dios —un Dios que es superior a los dioses de los egipcios (Éxodo 10.2) y superior a los dioses de los canaanitas (1^{er} Reyes 18.36–39).

3. Dios probó que Jesús es Su Hijo a través de maravillas, prodigios y señales (Juan 20.30–31; Hechos 2.22).

4. Dios dio a conocer que aprobaba a ciertos hombres (los apóstoles) como portavoces Suyos

JESÚS SIGUE SIENDO EL MISMO

Ciertos grupos religiosos esperan que las señales y maravillas se continúen manifestando hoy día debido a las palabras que dicen que «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Hebreos 13.8). Esta conclusión no puede ser correcta porque el pasaje no está considerando el tema de los milagros, sino el constante cuidado providencial de Dios para con Su pueblo (Hebreos 13.5–6). Además, el pasaje no puede ser tomado como enseñanza en el sentido de que todos los aspectos de la existencia y las actividades de Jesús han sido, son y serán siempre las mismas. Jesús no ha sido siempre el mismo en todo sentido; por ejemplo: Él existió en forma de espíritu antes de venir a la tierra y se encarnó en un cuerpo humano (Juan 1.14; Hebreos 10.5c), y luego regresó a su naturaleza original cuando ascendió al Padre (Juan 17.5). Jesús no está aquí en la tierra en persona ahora, ni vendrá en persona nuevamente a hacer milagros para que podamos creer que Él es Hijo de Dios. Las señales y maravillas que hizo mientras estuvo en la tierra, las hizo con ese propósito y han sido puestas por escrito para que podamos creer (Juan 20.30–31). Del mismo modo, su muerte redentora en la cruz no es un acto que siga ocurriendo, sino que ocurrió una vez para siempre y jamás se repetirá (Hebreos 1.3; 7.27; 9.12, 24–26; 10.12–14).

Tampoco han sido las actividades de Jesús siempre las mismas mientras no vino en carne. Él creó todas las cosas (Juan 1.3; Colosenses 1.16) en seis días (Génesis 2.2; Éxodo 20.11), un acto completo que no se ha repetido hasta la fecha que sepamos. A través del milagro de la creación, Jesús le ha probado a la humanidad Su existencia y Su gloria (Romanos 1.19–20; Salmos 19.1; Juan 1.1–3). Como ya reveló toda la verdad (Juan 14.26; 16.13; Judas 3) —la cual no necesita que se le añada ni que se le hagan cambios (Gálatas 1.8–9; Apocalipsis 22.18–19)— no ha continuado revelando nuevas verdades.

Jesús sigue siendo el mismo en cuanto a Su personalidad y Su cuidado de nosotros, pero esto no significa que creará nuevos mundos, ni que morirá nuevamente por nuestros pecados, ni que resucitará, ni que andará sobre el agua otra vez, ni que alimentará multitudes con unos pocos panes y peces, ni que repetirá alguno de Sus grandes milagros para que podamos creer en Él. Nuestra fe en Él no se basa en señales que se ven. Si creemos el testimonio de Dios a pesar de no verlo, somos bienaventurados por ello (Juan 20.29b). Sus milagros fueron hechos y puestos por escrito para que las generaciones subsiguientes, incluida la nuestra, pudieran creer que Él es el Cristo, el Hijo de Dios (Juan 20.30–31).

A través de Pedro, Dios dio testimonio en el día de Pentecostés de que Él había aprobado a Jesús «con... maravillas, prodigios y señales» (Hechos 2.22). Los que no creen en Jesús dudan del testimonio de Dios acerca de Jesús: «... el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído *en el testimonio que Dios ha dado* acerca de su Hijo» (1^{er} Juan 5.10; énfasis nuestro). Este versículo no se refiere a testimonio alguno que Dios «esté dando», como si Dios continuara dando testimonio. Más bien, se refiere al testimonio que Él «ha dado» (del griego *memartureken*, verbo perfecto, activo, en modo indicativo), con lo cual da a entender que la acción se ha completado y tiene resultados que continúan produciéndose. El verbo indica que, aunque Dios terminó de dar su testimonio acerca de Jesús, este testimonio todavía existe con el propósito de producir fe. La fe que se continúa produciendo por el testimonio dado por Dios en el pasado a través de los milagros de Jesús, tiene resultados que se siguen dando a través del registro escrito de sus obras (Juan 20.30–31).

«por medio de señales, prodigios y milagros» (2ª Corintios 12.12).

5. Dios usó su divino poder para revelar Su Palabra a través del Espíritu Santo con el fin de escoger hombres (Efesios 3.3–5; 2ª Timoteo 3.16; 1ª Pedro 1.10–12; 2ª Pedro 1.20–21).

6. No sólo les fue dada milagrosamente la Palabra a los portavoces de Dios, sino que también fue confirmada a través de milagros, maravillas y señales (Marcos 16.20; Hechos 14.3; Hebreos 2.2–4).

7. Dios confirmó Su voluntad a través de señales milagrosas. Por ejemplo, usó una señal para confirmar que estaba abriéndoles la puerta de salvación a los gentiles (Hechos 10.47; 11.17; 15.7–9). Las señales también mostraron Su aprobación de la conversión de los samaritanos (Hechos 8.14–19) —un pueblo que era normalmente rechazado por los judíos (Juan 4.9)— y el rebautismo de los discípulos que sólo conocían el bautismo de Juan (Hechos 19.1–6).

SE HAN DADO SITUACIONES EN LAS QUE FALSAS SEÑALES SE HAN HECHO

Los falsos maestros pueden hacer señales y maravillas convincentes. Tanto Moisés (Deuteronomio 13.1–3), así como Jesús (Mateo 24.24), Pablo (2ª Corintios 11.13–15; 2ª Tesalonicenses 2.8–10), y Juan (Apocalipsis 13.13–14; 16.14), enseñaron todos esta verdad.

Se nos ha mandado a juzgar lo que los maestros dicen, con el fin de determinar si son o no son verdaderos maestros de Dios. El fruto de los profetas (Mateo 7.15–20), es decir, su enseñanza, es el principio por el cual se distingue entre los que son verdaderos y los que son falsos. Dios le dio la siguiente instrucción a su pueblo:

Cuando se levante en medio de ti profeta, o soñador de sueños, y te anunciare señal o prodigios,... diciendo: Vamos en pos de dioses ajenos, que no conociste, y sirvámosles; no darás oído a las palabras de tal profeta, ni al tal soñador de sueños; porque Jehová vuestro Dios os está probando, para saber si amáis a Jehová vuestro Dios con todo vuestro corazón, y con toda vuestra alma. En pos de Jehová vuestro Dios andaréis; a él temeréis, guardaréis sus mandamientos y escucharéis su voz, a él serviréis, y a él seguiréis. Tal profeta o soñador de sueños ha de ser muerto,... (Deuteronomio 13.1–5).

Dios espera que Su pueblo pruebe a los maestros analizando lo que dicen (1ª Juan 4.1, 6). Cualquiera que no enseñe la Palabra revelada tal como ésta se encuentra en la Biblia, es un falso profeta, aun cuando parezca hacer señales y

milagros.

A Faraón lo engañaron las obras de sus hechiceros, los cuales «con sus encantamientos» imitaron los milagros de Moisés cuando convirtieron sus varas en culebras (Éxodo 7.11), convirtieron el agua en sangre (Éxodo 7.20, 22) e hicieron que aparecieran ranas (Éxodo 8.6–7). Estas obras, por más milagrosas que podían haber parecido, no probaron que los hechiceros de Faraón fueran de Dios. Del mismo modo, las obras en apariencia inusitadas que llevan a cabo los hacedores de milagros de hoy día, no prueban que Dios está actuando a través de ellos.

Podemos tener dudas acerca de la fuente de la que proceden tales prácticas engañosas. ¿Serán éstas el producto de milagrosos poderes de Satanás (2ª Tesalonicenses 2.9)?; ¿serán obras engañosas de hombres movidos por Satanás (2ª Corintios 11.13–15)?; ¿serán engaños permitidos por Dios (2ª Tesalonicenses 2.11–12)?; ¿serán señales hechas por demonios (Apocalipsis 16.14)? ¿Le otorga Dios tales poderes a Satanás hoy día? Sabemos que Dios le permitió a Satanás afligir a Job (Job 1.12; 2.6) y que un demonio le dio poder a un joven para que rompiera grillos y cadenas (Marcos 5.2–4). No obstante, Satanás jamás ha sido capaz de lograr nada que sea comparable con los verdaderos milagros de Dios. Los poderes inusitados que Satanás o los demonios desplegaron durante el ministerio de Jesús, no prueban que ellos tengan poderes milagrosos hoy día. De lo que podemos tener certeza es de que los que escribieron la Biblia eran de Dios, y de que a través de lo que escribieron podemos determinar quién es un verdadero maestro y quién uno falso (1ª Juan 4.6).

LOS MILAGROS PROCEDÍAN DE UNA FUENTE DIVINA

Los milagros eran hechos por el poder de Dios y no únicamente por la fe de alguien. Jesús, después de que se despojó a sí mismo (Filipenses 2.6–7), hizo milagros por el poder del Espíritu Santo, del cual estaba ungido (Mateo 12.28; Lucas 4.18; Hechos 10.38). Les dio poderes milagrosos a los setenta discípulos que salieron en cierta misión (Lucas 10.9, 17), así como a los apóstoles durante Su ministerio personal (Mateo 10.1), lo cual hizo, tal vez, a través del Espíritu Santo que estaba con ellos (Juan 14.17). Más adelante, cuando fueron bautizados y llenos del Espíritu Santo (Hechos 1.2–5; 2.4), fueron dotados de un poder aun mayor. Parece un hecho importante que los apóstoles sean los únicos que, según se relata, estuvieron haciendo milagros por un tiempo después de la venida del

Espíritu Santo el día de Pentecostés (Hechos 2.43; 4.33; 5.12). Ningún otro comenzó a hacer milagros sino hasta que los apóstoles impusieron sus manos en otros tales como Esteban y Felipe (Hechos 6.5–6, 8; 8.6).

Al comienzo de su ministerio —a pesar de haber recibido el poder para echar fuera espíritus inmundos (Mateo 10.1, 8; Marcos 3.14–15) e incluso después de haber echado fuera demonios (Marcos 6.13)— los apóstoles fueron incapaces de sanar a un endemoniado. Esto sucedió no porque carecieran de autoridad para echar fuera demonios, sino porque carecían de fe (Mateo 17.20). No era el padre ni su hijo endemoniado los que carecían de fe, sino los apóstoles.

Para poder hacer un milagro, debía primero recibirse el poder. Luego, era necesaria la fe para ejercer tal poder. Pedro recibió de Jesús el poder que necesitaba para andar sobre el agua, pero flaqueó —no porque careció de poder sino porque flaqueó su fe (Mateo 14.28–31).

Los milagros eran concedidos por Dios (1^{era} Corintios 12.4–6) a través del Espíritu Santo. No eran obtenidos por voluntad humana ni por fe solamente, sino a través de la actuación del Espíritu. Se nos informa: «Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere» (1^{era} Corintios 12.11; vea también Hebreos 2.4). La clase de don milagroso que algún cristiano recibía se decidía según la voluntad del Espíritu y no según el deseo del individuo que lo recibiera.

A los apóstoles se les dio el poder de impartirles el Espíritu a otros creyentes por medio de la imposición de sus manos, acto por el cual les otorgaban dones milagrosos a los demás (Hechos 19.6; 2^a Timoteo 1.6). La capacidad para impartir el Espíritu era una de las señales de su apostolado (2^a Corintios 12.12). No tenemos indicios de que los que recibían poderes por medio de los apóstoles, tuvieran la capacidad de transmitir dones milagrosos por medio de la imposición de sus manos sobre los demás.

Aun contando con la presencia de Felipe, el cual podía hacer milagros (Hechos 8.6), se requirió de la presencia de los apóstoles —Pedro y Juan— en Samaria para que impartieran el Espíritu Santo (Hechos 8.14–19). Dios les dio a los apóstoles la capacidad especial de otorgar poderes milagrosos a otros.

J.W. McGarvey escribió el siguiente comentario acerca de la obra de Pedro y Juan en Samaria:

Cualesquiera que hayan sido los demás

propósitos que pudieron haber motivado la misión de los dos apóstoles, tales como el de la confirmación de la fe de los discípulos, o el de ayudarle a Felipe en sus labores, lo cierto es que el propósito principal de su misión fue el de impartir el Espíritu Santo. Lo que hicieron al llegar fue desde luego la razón por la cual fueron: pero la actividad más importante a la que se dedicaron fue la de conceder el Espíritu Santo; por lo tanto, este fue el propósito principal de su visita. Por otro lado, si Felipe hubiera podido conceder este don, la misión [de Pedro y Juan] habría sido inútil en lo que al propósito principal atañía. Esto constituye prueba concluyente de que el don milagroso del Espíritu Santo no era otorgado por medio de manos humanas excepto las de los apóstoles; y esta conclusión se confirma por la consideración en el sentido de que sólo hay otro evento de esta clase recogido en Hechos, el de los doce [discípulos] que estaban en Éfeso (19.1–7), evento en el cual el don fue otorgado por medio de las manos de un apóstol.¹

A la iglesia que estaba en Corinto no le faltaba ningún don (1^{era} Corintios 1.7), un hecho que Pablo usó como prueba de que él era apóstol. Esto fue lo que les escribió: «... el sello de mi apostolado sois vosotros en el Señor» (1^{era} Corintios 9.2). Si estos dones podían haberse recibido por medio de la fe solamente, o por algún otro medio que no fuera la imposición de las manos de un apóstol, entonces Pablo no habría señalado a la iglesia que estaba en Corinto como prueba de su apostolado. Si ningún otro apóstol había ido a Corinto, entonces Pablo debió haber sido un apóstol, pues él era el único que había estado allí para otorgarles dones milagrosos. Como lo anterior era así, los dones que tenía la iglesia de Corinto eran prueba de su apostolado.

Si los dones milagrosos hubieran sido dados directamente por Dios en ausencia de apóstol alguno, los apóstoles Pedro y Juan no habrían tenido que ir a Samaria, y Pablo no habría tenido que ir a Roma a impartirles algún don espiritual a los cristianos que estaban en esa ciudad (Romanos 1.11). Lo anterior podía haberse logrado sin la presencia de apóstol alguno, si así hubiera sido el modo de actuar de Dios. La única excepción a la anterior regla es lo sucedido en casa de Cornelio.²

A partir de aquel tiempo (el tiempo que vivieron los apóstoles) hubo un cese de los milagros, las maravillas y las señales. No hay apóstoles con vida

¹ J.W. McGarvey, *New Commentary on Acts of Apostles (Nuevo comentario de Hechos de Apóstoles)*, vol. 1 (N.p., 1892; reprint, Delight, Ark.: Gospel Light Publishing Co., n.d.), 142.

² Vea análisis sobre Cornelio y su familia en la lección anterior.

hoy día para otorgar tales dones. Si los que alegan hacer milagros hoy día pudieran andar sobre el agua, calmar un mar tempestuoso, levantar a los muertos, multiplicar alimentos para darles de comer a multitudes o hacer otros milagros visibles, podrían demostrar tales habilidades una y otra vez. No pueden hacer milagros como los que se describen en el Nuevo Testamento.

LOS MILAGROS ERAN HECHOS POR CIERTOS CREYENTES

Jesús declaró en Marcos 16.17–18: «Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán». En este pasaje no se responden las siguientes preguntas: 1) ¿Iban a ser capaces todos los creyentes de echar fuera demonios, de hablar nuevas lenguas, de tomar serpientes en sus manos, de beber cosa mortífera sin que les hiciera daño y de sanar los enfermos? 2) ¿Iban a restringirse estos dones a ciertos creyentes? 3) ¿Con base en qué iban a poder llevar a cabo estos actos los que los hacían? 4) ¿Por cuánto tiempo se mantendrían ocurriendo estas señales? 5) ¿Cuál habría de ser el propósito de estas señales?

Hay unas palabras de Pablo que sirven para probar que no todos los creyentes poseían dones (1^{era} Corintios 12.7–11, 27–31). Preguntó de modo retórico: «¿Son todos apóstoles? ¿son todos profetas? ¿todos maestros? ¿hacen todos milagros? ¿Tienen todos dones de sanidad? ¿hablan todos lenguas? ¿interpretan todos?». Eran sólo ciertos creyentes los que tenían dones milagrosos, y cada uno tenía su propio don especial.

Los que tenían dones milagrosos no los tenían tan sólo por ser creyentes, sino porque habían sido facultados por el Espíritu Santo (1^{era} Corintios 12.11). Sus poderes milagrosos eran el resultado de que los apóstoles les habían impartido el Espíritu Santo por medio de la imposición de manos (Hechos 8.14–17; 19.6). Por esta razón, los dones milagrosos eran dados únicamente cuando los apóstoles estaban presentes (note Romanos 1.11). El propósito de ellos era confirmar las verdades del evangelio (Marcos 16.20; Hechos 14.3; Hebreos 2.3–4) mientras el fundamento de la iglesia estaba siendo puesto sobre los apóstoles y profetas (Efesios 2.20).

McGarvey estaba en lo correcto cuando comentó lo siguiente acerca de Marcos 16.17–18:

La promesa no es en el sentido de que estas señales seguirían por un tiempo señalado, ni de que seguirían a cada creyente en particular;

sino que sencillamente seguirían, y seguirían a «los creyentes» tomados como un todo. De hecho siguieron a los creyentes durante la era apostólica —no a cada creyente en particular, sino a todos, o a casi todos los cuerpos organizados de creyentes. El anterior constituyó el cumplimiento en su totalidad de lo que se prometió.³

LOS MILAGROS ERAN HECHOS EN EL NOMBRE DE JESÚS

La noche anterior a Su crucifixión, Jesús les dijo a los apóstoles: «Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré» (Juan 14.14). Algunos han concluido, con base en estas palabras, que si lo pedimos en el nombre de Jesús, un milagro sucederá. No obstante, estas palabras fueron dichas a los apóstoles, que eran los únicos que estaban presentes con Jesús en ese momento (Mateo 26.20; Lucas 22.14). El libro de Hechos nos habla de ciertos hombres que pidieron en el nombre de Jesús que un demonio saliera de alguien. El demonio contestó: «A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois?» (Hechos 19.13–15). Jesús le había dado poder a Pablo pero no a los hijos de Esceva. El demonio entendió esto y por tal razón no obedeció a aquellos hombres que no estaban facultados para dar órdenes.

Jesús negará que conoce a los inicuos que le dirán: «Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?» (Mateo 7.22).

El poder para hacer milagros debía ser dado primero; luego un milagro podía ser hecho a través de la fe, pidiéndolo en el nombre de Jesús. Un ejemplo de esto se encuentra en Hechos 3.1–16. Pedro y Juan, quienes recibieron poder cuando el Espíritu vino (Hechos 1.8; 2.4), sanaron al cojo en el nombre de Jesús (vers.º 6) y a través de la fe de ellos en Su nombre (vers.º 16). No fue con base en la fe solamente, ni simplemente porque se pidieran en el nombre de Jesús que los milagros se hicieran. Debía darse el poder para que un milagro pudiera realizarse por fe en el nombre de Jesús.

LOS MILAGROS NO SE HACÍAN A CAMBIO DE DINERO

Pedro le dijo a un cojo pordiosero: «No tengo plata ni oro» (Hechos 3.6a). Jesús les había dado estas instrucciones a los apóstoles: «Sanad

³J.W. McGarvey, *Matthew and Mark (Mateo y Marcos)*, The New Testament Commentary, vol. 1 (N.p., 1875; reprint, Delight, Ark.: Gospel Light Publishing Co., n.d.), 375.

enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia» (Mateo 10.8). Pablo escribió que él a menudo ministró estando «en hambre y sed; en muchos ayunos, en frío y en desnudez» (2ª Corintios 11.27). Jesús dijo: «Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del hombre no tiene dónde recostar la cabeza» (Lucas 9.58).

Los que tenían poderes milagrosos no los usaban para obtener beneficios económicos. Jesús dijo que ellos habían recibido sin pagar por ello y debían dar sin esperar pago. Los llamados hacedores de milagros de hoy día reciben enormes cantidades de dinero y viven en condiciones de lujo muy superiores a las de la gente pobre de la cual reciben dinero. Este es un aspecto en el que no están imitando a Jesús, ni a Pablo, ni a Pedro, ni a los primeros cristianos, los cuales no se beneficiaban en gran manera de los milagros que hacían.

LOS MILAGROS NO ERAN UNA PANACEA

Jesús creía en los doctores, lo cual es indicio de que aprobaba el uso de la medicina. Esto fue lo que dijo: «Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos» (Mateo 9.12; Marcos 2.17; Lucas 5.31). Lucas era médico. Cuando Pablo se refirió a él, no sólo dijo que era médico, sino que lo llamó «Lucas el médico amado» (Colosenses 4.14), lo cual es indicio de que continuó siendo doctor aun después de que se hizo cristiano.

Pablo recomendó el uso de la medicina cuando le escribió a Timoteo: «Ya no bebas agua, sino usa de un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades» (1ª Timoteo 5.23). No era que Pablo estuviera recomendando el vino como bebida, sino como medicina para el estómago de Timoteo y otras enfermedades.

El hecho de que Pablo no sanara a sus compañeros es señal de que la sanidad no era solamente para beneficio del enfermo, sino que tenía un propósito más. Esto fue lo que escribió: «... a Trófimo dejé en Mileto enfermo» (2ª Timoteo 4.20b). Otro indicio es que Pablo no fue sanado de su «aguijón en la carne» (2ª Corintios 12.7–8).

Las siguientes observaciones pueden desprenderse de las anteriores palabras: 1) Las personas enfermas deben ir al doctor. 2) Aun cuando Pablo tenía los poderes propios de un apóstol y había sanado personas (Hechos 14.9–10; 19.11–12), él no sanó a Timoteo ni a Trófimo. 3) A Timoteo se le recomendó el uso de medicinas; de igual manera debe procederse hoy día para ayudar a sanarnos de nuestras enfermedades. 4) Era una de tres

posibilidades: la primera, que la fe de Pablo no era suficiente para sanar a Timoteo y a Trófimo, la segunda, que éstos no tenían suficiente fe para ser sanados, y la tercera, que no estaba previsto que la sanidad beneficiara a todos los enfermos. No habría razón para dudar de la fe de Pablo, y tal vez no deberíamos poner en tela de juicio la fe de Timoteo (2ª Timoteo 1.5) ni la de Trófimo. 5) Pablo no le recomendó tener fe ni orar a Timoteo para que se sanara, sino medicinas para tal efecto. Si la fe por sí sola pudiera sanar, entonces Pablo le habría dado a Timoteo un consejo equivocado. 6) Si Pablo podía haber sanado a Timoteo y a Trófimo y no lo hizo, entonces les hizo una gran injusticia.

7) El propósito de la sanidad debió haber sido solamente el de servir como señal cuando ésta fue necesaria para atraer incrédulos o para confirmar que el mensaje provenía de Dios. 8) Timoteo y Trófimo sabían que la enseñanza de Pablo era de Dios, de modo que no necesitaban prueba de tal hecho. 9) La Palabra escrita nos da la prueba que necesitamos (Juan 20.30–31), por tanto Dios no nos dará más pruebas. Por ejemplo, al rico de Lucas 16.29–31, no se le dio más prueba que el testimonio de Moisés y de los profetas. 10) Deberíamos usar cualquier medio que tengamos a mano para recuperarnos cuando estamos enfermos. Deberíamos orar pidiendo que se nos ayude, no que se nos hagan milagros.

CONCLUSIÓN

Las señales y milagros hechos por medio de la actividad del Espíritu Santo fueron importantes para probarles a los testigos presenciales de ellos que Dios es Dios y que Él se ha revelado a nosotros a través de Su Palabra. La presencia del Espíritu Santo en los cristianos hoy día, no tiene como propósito actuar directamente sobre ellos o en ellos de un modo milagroso. Esta actuación cesó con la muerte de la última persona que recibió el don del Espíritu por medio de la imposición de las manos de uno de los apóstoles.

Los maestros deben ser juzgados por sus enseñanzas y no por sus aparentes milagros. Se nos ha mandado probar los espíritus (1ª Juan 4.1), no con base en las señales y maravillas que aleguen hacer, sino con base en su enseñanza. Dios nos ha dado una norma para tal evaluación: «Ellos son del mundo; por eso hablan del mundo, y el mundo los oye. Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad, y el espíritu de error» (1ª Juan 4.5–6). ■